

*La belleza y el dolor del mundo.*  
*Huellas de Simone Weil*  
Emilia Bea

*El mar*

Mar dócil al freno, mar sometido en silencio,  
Mar disperso, de olas encadenadas para siempre,  
Masa al cielo ofrecida, espejo de obediencia;  
Para tejer en él pliegues nuevos cada noche,  
Ejercen los lejanos astros un poder sin esfuerzo.

Cuando llega la mañana a colmar todo el espacio,  
Él acoge y devuelve el don de la claridad.  
Un ligero fulgor se posa sobre la superficie.  
Él se va desvaneciendo en la espera y sin deseo,  
Bajo el día que crece, resplandece y se diluye.

Los reflejos de la tarde harán resplandecer súbitamente  
El ala suspendida entre el cielo y el agua.  
Las olas oscilantes se fijan en la planicie,  
Donde cada gota a su vez asciende y desciende,  
Para permanecer abajo por la ley soberana.

La balanza con brazos secretos de agua transparente,  
Se pesa ella misma y la espuma y el hierro,  
Justo sin testigo para cada barca errante.  
Sobre el navío un hilo azul dibuja un trazado,  
Sin ningún error en su línea aparente.

Mar vasto, a los mortales desdichados,  
Empujados a tus orillas y perdidos en tu desierto,  
Sé propicio.  
A quien va a zozobrar háblale antes de que perezca.  
Entra hasta el alma, oh nuestro hermano el mar;  
Dígnate a bañarla en tus aguas de justicia.

Este poema<sup>1</sup>, escrito por Simone Weil en Marsella a finales de enero de 1942, parece la pura transcripción literaria del doble

cuadro de Mery Sales, *Limbo*, situado al principio de la exposición y que es la puerta de entrada en un universo de imágenes, preñadas de una inusitada belleza que solo saldrá a la luz asumiendo el dolor del mundo.

El mar de Mery Sales, como el de Simone Weil, es la materia perfectamente obediente y dócil al mecanismo de la naturaleza, espera sin deseo, líquido que por su fluidez permite jugar el papel de la balanza, símbolo de imparcialidad.

En los tres primeros versos, Simone Weil invoca al mar como en una letanía: «mar dócil», «mar sometido», «mar disperso», «masa al cielo ofrecida», «espejo de obediencia». En *Intuiciones precristianas* nos dice que el soporte de la realidad del universo, de la necesidad, lo que los griegos llamaban *ápeiron*, era para Platón «el receptáculo, la matriz, el sello, la esencia que es madre de todas las cosas y al mismo tiempo siempre intacta, virgen. El agua es la mejor imagen, porque no tiene ni forma ni color, aunque sea visible y tangible. Es imposible a este respecto no subrayar que las palabras materia, madre, mar, María se parecen hasta el punto de ser casi idénticas. Este carácter del agua da cuenta de su uso simbólico en el bautismo»<sup>2</sup>. La contemplación del orden cósmico, irreductible a la actividad y a los deseos humanos, es una epifanía gozosa, pues no hay «nada del yo en la plenitud de la alegría»; «la alegría es la conciencia de lo que no es yo en tanto que ser»<sup>3</sup>. Aunque los «mortales desdichados» demandan piedad, la «barca errante» zozobraré y, precisamente el hecho de que el mar no cambie su curso y permanezca «en sus límites», lo hace aún más bello, pues «si modificara el movimiento de sus olas para salvar a un barco, sería un ser dotado de discernimiento y capacidad de elección, y no ese fluido perfectamente obediente a todas las presiones exteriores. Es esa obediencia perfecta lo que constituye su belleza»<sup>4</sup>. El mar interpelado por quien va a morir responderá bañando el alma en sus aguas de justicia.

Como se pone de manifiesto de forma paradigmática en la lectura que Simone Weil hace de *La Iliada*<sup>5</sup>, el justo es aquel que

1. Weil, Simone, *Poemas seguido de Venecia salvada*, trad., introd. y notas de A. Muñoz Fernández. Madrid: Trotta, 2006, pp. 42-43.

2. Weil, Simone, «Intuitions pré-chrétiennes», en *Œuvres complètes* (en adelante OC). París: Gallimard, OC IV/2, pp. 273-274.

3. «Cahier VI», OC VI/2, p. 403.

4. «L'amour de Dieu et le malheur», OC IV/1, p. 355.

5. «L'Iliade ou le poème de la force», OC II/3, pp. 227-253.

se autolimita, que renuncia a imponer su poder, que se abstiene del uso de la fuerza en favor de un pacto con el mundo: «Olas y mar/armonía (pitagórica) música.»<sup>6</sup> En este anonadamiento se manifiesta la gracia, único contrapeso de la pesantez. Gravedad y

gracia, los dos ejes que marcan las coordenadas de su pensamiento.<sup>7</sup> Dios no se desentiende de nosotros, la metáfora del náufrago es el reflejo de la condición humana: «Nosotros somos como náufragos aferrados a tablas en medio del mar y zarandeados de una manera completamente pasiva por todos los movimientos de la marea. Desde lo alto del cielo Dios lanza a cada uno una cuerda. Aquel que la coge y no la suelta a pesar del dolor y el miedo está tan sometido como los otros a los embates de las olas; pero estos embates se combinan con la tensión de la cuerda para formar un conjunto mecánico diferente. Así, aunque lo sobrenatural no descienda al terreno de lo natural, la naturaleza queda, sin embargo, alterada por su presencia.»<sup>8</sup>

Esta alteración, este cambio de relación, este conjunto mecánico diferente, solo puede ser captado si contemplamos el orden del mundo, si damos nuestro consentimiento a la necesidad, con una atención tan pura que, como escribe a su amigo Antonio Atarés, el anarquista español internado en un campo en Argelia, «todos los demás pensamientos desaparecen; entonces se creería que las estrellas entran en el alma»<sup>9</sup>. La realidad permanece inquebrantable pero la mirada atenta cambia sustancialmente su sentido y redimensiona la temporalidad, ya que, como apunta en uno de sus *Cuadernos*, durante su breve estancia en Nueva York, «el tiempo es la espera de Dios que mendiga nuestro amor. Los astros, las montañas, el mar, todo lo que nos habla del tiempo nos aporta la súplica de Dios. La humildad en la espera nos hace semejantes a Dios»<sup>10</sup>. La atención y la espera permiten abrirse a la realidad con sumo respeto ya que, en luminosas palabras de María Zambrano: «Nada de lo real debe ser humillado.»<sup>11</sup> Se trata, entonces, de «despertar a lo real» con tanta pureza y rigor como para llegar a realizar «lecturas superpuestas», pues el mundo es un texto de múltiples significaciones: «leer la necesidad

6. «Cahier XIII», OC VI/4, p. 83.

7. *La gravedad y la gracia*, trad., introd. y notas de Carlos Ortega. Madrid: Trotta, 1994.

8. «Intuitions pré-chrétiennes», OC IV/2, p. 287.

9. Carta de 21 de julio de 1941. Cartas publicadas en *Cahiers Simone Weil*, VII/3, 1984, pp. 201-218.

10. «Cahier XIV», OC VI/4, p. 184.

11. Zambrano, María, *Claros del Bosque*. Barcelona: Seix Barral, 4ª ed., 1993, p. 69.

detrás de la sensación, leer el orden detrás de la necesidad, y leer a Dios detrás del orden»<sup>12</sup>.

La atención, que Simone Weil considera la más importante de las capacidades humanas, se proyecta en todos los ámbitos y comienza a desarrollarse en la enseñanza primaria cuando nos concentramos por ejemplo en la resolución de un problema de geometría (su hermano André fue uno de los más relevantes matemáticos del siglo XX), pues, aunque fracasemos en el intento, «sin que se sienta, sin que se sepa, este esfuerzo en apariencia estéril y sin fruto ha aumentado la luz del alma; el fruto se obtendrá un día, más tarde, en la oración»<sup>13</sup>.

Simone Weil vivió en carne propia este proceso del que da cuenta en los últimos años de su vida. Educada en el más estricto agnosticismo tanto por parte de su familia, de origen judío pero sin ningún tipo de práctica religiosa, como por parte de las instituciones más representativas de la Francia laica y republicana, el liceo Henri IV y la École Normale Supérieure, no parecía previsible su evolución espiritual hasta llegar a hablar de un «contacto real, de persona a persona»<sup>14</sup>, con Cristo. Sin embargo, gracias sobre todo a la influencia de su maestro Alain (Émile Chartier), se había apuntalado un modo de percepción que, aceptando las contradicciones inherentes a la realidad, intentaba revelarla en su verdad sin la interferencia o distorsión de los propios deseos y prejuicios.

En una carta de 1942 al Padre Perrin, principal confidente de su experiencia mística y de su aproximación a la Iglesia, leemos: «A los catorce años caí en una de esas desesperaciones sin fondo de la adolescencia, y pensé seriamente en morir, a causa de la mediocridad de mis facultades naturales, Los dones extraordinarios de mi hermano, que tuvo una infancia y una juventud comparables a las de Pascal, me obligaban a tener conciencia de ello. No lamentaba los éxitos exteriores, sino no poder esperar ningún acceso a este reino trascendente en el que solo pueden entrar los seres humanos auténticamente grandes y donde habita la verdad. Prefería morir que vivir sin ella. Después de meses de tinieblas interiores tuve de repente y para siempre la certeza que cualquier ser humano, aun cuando sus facultades

12. «Cahier VI», OC VI/2, p. 373.

13. «Réflexion sur le bon usage des études scolaires», OC IV/1, p. 256.

14. *Attente de Dieu*. París: La Colombe, 3ª ed., 1963, p. 45.

naturales fuesen casi nulas, podía entrar en ese reino de verdad

reservado al genio, a condición tan sólo de desear la verdad y hacer un continuo esfuerzo de atención por alcanzarla.»<sup>15</sup>

En esta misma carta, conocida como su «autobiografía espiritual», Simone Weil relata su primer «contacto con el catolicismo», ligado esencialmente a su experiencia obrera ya que se produce en un viaje a Portugal tras su año de trabajo en la fábrica. En diversos textos había manifestado el desgarramiento y la fragilidad de la condición vivida como trabajadora manual: no contar para nada, no sentirse en casa, no ser reconocida por los demás, hasta quedar reducida a cosa, a objeto intercambiable sin ningún valor propio. Como había escrito a su amiga Albertine Thévenon: «Esta realidad, que se corresponde en muchos aspectos con lo que yo esperaba, difiere de lo esperado por un abismo: es la realidad, no la imaginación. Ha hecho cambiar en mí, no ya esta o aquella idea (por el contrario, muchas han sido confirmadas) sino infinitamente más, mi perspectiva total de las cosas, el sentimiento mismo que tengo de la vida». La experiencia obrera destrozó su propia dignidad, tal y como había sido fabricado por la sociedad burguesa, y dejó en ella de forma perdurable «la conciencia de que no tenía ningún derecho a nada»<sup>16</sup>. La desgracia de los demás, que siempre le había obsesionado y que había sido el motor de su temprano y radical compromiso social, había entrado directamente en su cuerpo y en su alma recibiendo para siempre la marca de la esclavitud. Y «estando en este estado espiritual, y en un estado físico miserable» es cuando se produjo ese inicio de su evolución religiosa que relata en la autobiografía espiritual, un inicio súbito, inesperado. Era de noche, bajo la luna llena, al borde del mar, «las mujeres de los pescadores rodeaban las barcas en procesión, llevando cirios, y cantaban cánticos ciertamente muy antiguos, de una tristeza desgarradora. Nada puede dar una idea de aquello. Nunca había escuchado algo tan estremecedor, a no ser el canto de los remeros del Volga. Allí tuve de repente la certeza de que el cristianismo es por excelencia la religión de los esclavos, que los esclavos no pueden dejar de adherirse a ella, y yo entre ellos»<sup>17</sup>.

La noción de atención, que es quizá su principal aportación a la historia de la filosofía, se despliega a partir de entonces hacia

15. Ibid, pp. 38-39.

16. *La Condition ouvrière*. París: Gallimard, p. 52.

17. *Attente de Dieu*, cit, p. 43.

los desgraciados, aquellos que soportan no solo el dolor físico y el sufrimiento moral, sino, además, la degradación social, el desprestigio, la carencia de cualquier tipo de participación en la fuerza social y, por consiguiente, que se convierten en seres

invisibles para los demás, incapaces de expresar «el desarraigo de la vida» y la marca de la esclavitud que llevan impresa. Simone Weil no deja de recordarlo: «Existe una alianza natural entre la verdad y la desgracia porque una y otra son suplicantes mudas, eternamente condenadas a permanecer sin voz ante nosotros.»<sup>18</sup> El único grito que les queda a los desgraciados, aunque sea un clamor en el desierto (ese desierto que Mery Sales dibuja como contraposición del mar), es «el grito puro de la miseria humana»<sup>19</sup>: «¿por qué? ¿por qué las cosas son así?»<sup>20</sup>; «¿por qué se me hace mal?»<sup>21</sup>

Para escuchar y responder a este grito se requiere «una atmósfera de silencio»<sup>22</sup> y es indispensable «el espíritu de verdad, justicia y amor»<sup>23</sup>. La atención a la desgracia consiste precisamente en esta escucha que llega a producir el efecto contrario al de la esclavitud, pues repara, devuelve a la vida lo que estaba reducido a cosa inerte, restablece la dignidad que la sociedad no percibe. La atención se convierte así propiamente en «atención creadora», algo tan salvador y milagroso como la resurrección de un muerto. Y al mismo tiempo, algo tan excepcional como la santidad, ya que, para resistir a la tendencia natural que nos arrastra a ejercer el poder siempre que sea posible, no bastan nuestras fuerzas, es decir, hay algo «sobrenatural» en el hecho de ponernos límites, de renunciar, de dejar de mirar el mundo desde el propio centro subjetivo y hacerlo desde la perspectiva del otro reconociendo su condición humana. Como escribió a Joë Bousquet, el poeta de Carcassonne que encarnaba para ella a la desgracia hundida en la carne: «a muy pocos espíritus les es dado saber que las cosas y los seres existen»<sup>24</sup>. La renuncia a uno mismo posibilita el acceso a lo real, restituye al otro en la existencia y en la dignidad. La caridad pura, análoga a la auténtica justicia, vincula al ser humano a la realidad extraña a este mundo, es la huella de la transcendencia,

18. «Collectivité-Personne-Impersonnel-Droit-Justice», OC V/1, p. 228.

19. «Cahier VI», OC VI/2, p. 366.

20. «L'Amour de Dieu et le malheur», OC IV/1, p. 372.

21. «Collectivité-Personne-Impersonnel-Droit-Justice», OC V/1, p. 232.

22. Ibid, p. 234.

23. Ibid, p. 232.

24. Carta del 13 de abril de 1942, en *Simone Weil et Joë Bousquet, Correspondance*. Lausana: L'âge d'homme, 1982, p. 18.

vestigio de un Dios ausente, escondido, que está «en lo secreto». Aquí radica la única esperanza de los oprimidos y vencidos; la única vía para que, como Simone Weil trató de hacer después de su experiencia obrera, «lentamente, en el sufrimiento» puedan

reconquistar «el sentimiento de la dignidad de ser humano»<sup>25</sup>, un sentimiento que ya no se apoye en nada exterior. Pocos pensadores han confiado tanto como ella en la capacidad subversiva de lo «infinitamente pequeño»<sup>26</sup>, colocado en el punto justo de la balanza (en el corazón humano, en el centro de la vida social), capaz de invertir las relaciones de fuerza, capaz de operar la justicia y de hacernos justos, genios o santos, a pesar de que nuestras capacidades sean casi nulas o, precisamente, gracias a ello, gracias a que lo único que nos queda entonces es la pura espera.

Los rostros de la desgracia, sufrida pero también restablecida por el espíritu de amor, pueblan las salas de la exposición. La belleza del orden cósmico y el dolor del mundo se abrazan misteriosamente: «Existencia de otra cosa que yo. Perfecto parentesco de lo bello y el dolor.»<sup>27</sup> También en referencia a una pintura extraordinariamente expresiva, la de Velázquez, Simone Weil manifiesta, tan solo veinte días antes de su muerte en el sanatorio de Ashford en Inglaterra, esta congenialidad en una carta a sus padres que es tal vez el mejor testimonio de lo que ella fue y de su legado.

Simone Weil escribe: «En Shakespeare los locos son los únicos personajes que dicen la verdad. Cuando vi *Lear* aquí, me preguntaba cómo el carácter intolerablemente trágico de estos locos no había saltado a la vista de la gente (incluida la mía) después de tanto tiempo. Lo trágico no consiste en las cosas sentimentales que se dicen a veces a este respecto, sino en esto: En este mundo solo los seres caídos en el último grado de la humillación, muy por debajo de la mendicidad, no solo sin consideración social, sino mirados por todos como desprovistos de la primera dignidad humana, la razón —solo ellos tienen de hecho la posibilidad de decir la verdad. Todos los demás mienten [...] El extremo de lo trágico es que, como los locos no tienen ni título de profesor ni mitra de obispo, y como nadie piensa que haya que prestar atención al sentido de sus palabras —estando

25. *La Condition ouvrière*. París: Gallimard, p. 52.

26. «Intuitions pré-chrétiennes», OC IV/2, p. 191.

27. «Cahier VI», OC VI/2, p. 432.

todos, por adelantado, seguros de lo contrario, puesto que se trata de locos—, su expresión de la verdad ni siquiera es escuchada. Nadie, incluidos los lectores o espectadores de Shakespeare desde hace cuatro siglos, sabe que dicen la verdad. No verdades satíricas o humorísticas, sino simplemente la verdad. Verdades puras, sin mezcla, luminosas, profundas, esenciales.

¿Es ese también el secreto de los locos de Velázquez? La tristeza de sus ojos ¿no es la amargura de poseer la verdad, de tener, al precio de una degradación sin nombre, la posibilidad de decirla, y no ser escuchados por nadie? (excepto Velázquez). Valdría la pena volverlos a ver cuestionándolo.

*Darling* M[ime], ¿sientes tú la afinidad, la analogía esencial entre estos locos y yo —a pesar de la *École*, la agregación y los elogios a mi “inteligencia”?»<sup>28</sup> Londres, 4 de agosto de 1943.

24. «Correspondance familiale», OC VII/1, pp. 302-303.